

# LA SAGA DE LOS ANGLADA

• 1 •

LA MALDICION DEL CORTIJO LA QUINTANA

*Amadora Valle*

La historia de esta novela es ficticia. Todos los personajes, a excepción de aquellos que son figuras públicas, son inventados. Cualquier similitud con personas reales, ya sean vivas o fallecidas, es mera coincidencia.

Copyright

© 2025 Amadora Valle

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798314319314

## PRIMERA PARTE

### Prólogo

En 1830, el marqués don Miguel De la Fuente Alvear llegó por primera vez al cortijo cordobés La Quintana, que llevaba meses en venta. Su interés por las tierras excepcionales del cortijo fue tan grande que decidió comprarlo sin negociar el precio. Ignoró las habladurías que circulaban por el pueblo cercano sobre las leyendas de los caballos pura sangre de origen inglés que se criaban allí, las cuales advertían que quienes maltrataran a esos caballos se enfrentarían a muchos años de desgracias.

El marqués siempre pensó que esas historias eran infundadas. De hecho, don Miguel vivió en la casa principal del cortijo durante casi cincuenta años, sin que la maldición de La Quintana afectara a su familia. Nunca sabría el impacto que esas antiguas maldiciones tendrían sobre sus descendientes poco después de su muerte.

## Capítulo 1. El cortijo La Quintana

*Mallorca, 20 de marzo de 1878*

Don Antoni Anglada residía en Palma de Mallorca con su madre, doña Isabel María Gibert, en Can Anglada, una casa del barrio señorial que había heredado de su padre, don Miquel Anglada i Fortuny. Su madre era propietaria de la posesión Son Carvall. Gracias a los beneficios obtenidos de la agricultura y de la ganadería, en particular de la cría y venta de caballos de raza mallorquina, Son Carvall se había convertido en una de las posesiones más importantes de la isla.

Desde pequeño, su familia le inculcó un gran amor por los caballos. A los doce años, empezó a aprender a montar en caballos adecuados para su edad. Durante su adolescencia, sufrió la pérdida de su padre y su abuelo, quienes fallecieron con un año de diferencia. Antoni era el único heredero por lo que tuvo que hacerse cargo de Son Carvall.

A los veintitrés años, después de terminar sus estudios de Peritaje Mercantil en la Escuela de Comercio de Barcelona, decidió ampliar el negocio de caballos de la posesión incorporando nuevas razas, además de la autóctona mallorquina. Para ello, consideró importante conocer las diferentes razas con el objetivo de elegir las más adecuadas. Se enteró de la buena fama de las ganaderías de caballos en Andalucía y decidió viajar allí con ese objetivo.

Mientras le contaba a su madre sus planes para aumentar las ganancias de la posesión, con la cría de nuevas razas de caballos, ella lo escuchó con atención, aunque no le ofreció su apoyo. La preocupación de doña Isabel no era el dinero destinado a la inversión de los caballos, sino la duración del viaje. Después de haber estado sola durante mucho tiempo, mientras Antoni estudiaba en Barcelona, empezaba a acostumbrarse a su compañía y no quería volver a sentirse sola.

Pasaron varias semanas sin que doña Isabel mostrara intención de cambiar de opinión, así que don Antoni decidió comprar su pasaje de barco a Valencia. Una vez que lo tuvo en su poder, se dirigió a su madre y le dijo con firmeza:

—Hace un mes, le propuse el viaje a Andalucía y creo que es crucial para conseguir caballos de mejor calidad que los que tenemos en Son Carvall. Le pido que me acompañe, madre.

—No estoy convencida de que sea beneficioso criar caballos de una raza diferente a la mallorquina.

Don Antoni sabía cuál era la postura de su madre sobre el tema. Cada vez que hablaban de ello, sus opiniones eran firmes y contrarias. No quería iniciar otro debate, así que sacó el boleto de barco que tenía en el bolsillo, lo puso sobre la mesa y dijo:

—Ya tengo mi pasaje de barco. Si decide venir conmigo, le compraré otro. ¿Qué quiere que haga?

Doña Isabel, sin poder dar la respuesta que su hijo esperaba, se dirigió a su habitación. Quería hacerle entender que consideraba este viaje un simple capricho y esas ambiciones, una ilusión.

Don Antoni la siguió, ansioso por saber su decisión final; pero ella se centró en elegir un sombrero del armario y en ponérselo frente al espejo. Luego, se puso el abrigo, abrochó los botones y, al mirar en silencio a su hijo, sus miradas se encontraron.

—Voy a misa. A Santa Eulalia. Quiero rezar —dijo ella con los ojos vidriosos, a punto de llorar. A continuación, se dirigió hacia la puerta. Después de unos segundos, se detuvo y añadió en un tono serio—: Podemos hablar de este tema cuando regrese.

—Por favor, necesito que hablemos de esto ahora. ¿Compro otro pasaje? —insistió él.

—No. No iré contigo. No sé nada de caballos. Sabes que este asunto siempre lo manejaron tu abuelo y tu padre.

—Eso no importa. Sólo quiero que me acompañe.

—Creo que será un viaje largo, así que alguien debe quedarse para atender los asuntos de Son Carvall con el *amo* Andreu y el administrador. ¿Qué día te vas?

—El jueves de la próxima semana.

Doña Isabel volvió a su habitación en busca de una pequeña llave que tenía escondida en el armario y luego se dirigió a la sala de estar. Allí, junto a un cuadro de Ribera, había una arquilla de ébano con varios compartimentos, dos estantes y una pequeña capilla dedicada a los santos, donde descansaba una estatuilla de San Sebastián, el patrón de Palma. Este mueble guardaba documentos familiares y títulos de propiedad valiosos. Había dinero en efectivo guardado en uno de los compartimentos cerrados.

Doña Isabel metió la llave en la cerradura y un sonido metálico, como un lamento, interrumpió el silencio. Sacó un grueso fajo de billetes y, sin contarlos, se lo dio a su hijo.

—Este dinero es para tus gastos personales. Alójate en los mejores hoteles o posadas y compra caballos de calidad superior a los que ya tenemos.

Su voz sonó firme mientras regresaba a su habitación a guardar la llave de la arquilla en su lugar secreto. Luego, miró a su hijo a través del espejo del armario de doble puerta y lo vio guardando el dinero en su bolsillo mientras le decía:

—Lo haré. Gracias.

—No tienes que agradecerme nada. Estos caballos darán prestigio a Son Carvall, así que actúa como creas conveniente. Tienes mi apoyo —dijo ella, y se dirigió de nuevo hacia la puerta. Antes de abrirla, preguntó—: ¿Cuántos días estarás de viaje?

—No lo sé. Volveré tan pronto como encuentre los caballos que me convenzan.

—En ese caso, rezaré para que los encuentres pronto. Iré a misa y luego daré un paseo con doña Catalina Binimelis. Por favor, espérame y almorzaremos juntos.

Doña Isabel siempre había querido que su hijo se relacionara con una joven de su misma clase social, de la nobleza mallorquina, y que formalizara un compromiso, por lo que durante su tranquilo paseo matutino, sacó el tema y conversó con doña Catalina sobre posibles candidatas para Antoni. Todos los nombres que mencionaron eran de jóvenes de la nobleza, pero sabía que tendría que esperar un tiempo antes

de mencionarle este asunto a su hijo.

Los días antes de la partida de don Antoni pasaron deprisa. La noche del 20 de marzo, víspera del viaje, doña Isabel no podía dormir. Escuchó el reloj de pared marcar las dos de la madrugada. En esas horas de insomnio, percibió el vapor de su aliento en el aire frío de la noche. No concilió el sueño hasta horas después y al despertar, casi era la hora del desayuno. Se levantó y fue al dormitorio de su hijo. Desde el umbral preguntó con voz ronca y algo inquieta:

—¿Ya estás despierto?

—Sí.

—¿Desayunamos? Es la hora.

—Sí. Me cambiaré de ropa y estaré listo en unos minutos.

En el amplio comedor, el fuego de la chimenea suavizaba el frío del final del invierno. De una de las paredes de la amplia y majestuosa sala colgaba un tapiz de la Escuela Flamenca, iluminado por la luz del sol invernal que entraba por las ventanas. Su rica gama de colores y hermosa disposición reflejaban el estilo de esta escuela y recordaban el notable pasado de la familia Anglada. La casa mostraba el buen gusto de doña Isabel y su habilidad para combinar muebles y elementos decorativos con notable armonía. Cada espacio de la casa era hermoso y mantenía un equilibrio entre belleza y simplicidad, ya que los señores de Can Anglada evitaban cualquier ostentación en su vida diaria, incluso en el uso de joyas, salvo en ocasiones especiales cuando doña Isabel las lucía al ir a la ópera con su hijo o con sus amigas, momento en el que brillaban con todo su esplendor.

Don Antoni cerró su segunda maleta, en la cual en el último momento metió un par de cómodos trajes de lino, junto con la ropa de invierno, en previsión de una primavera cálida en Andalucía.

Antes de sentarse a desayunar, también revisó sus bolsillos y se aseguró de que tenía todos los documentos necesarios para su viaje.

Doña Isabel decidió no mencionar que había pasado varias noches sin descansar lo suficiente y prefirió hablar de su última conversación con su amiga:

—El otro día, doña Catalina me habló de una joven de la nobleza que sería una esposa perfecta para ti. Creo que la conoces. Me refiero a la hija mayor de los Morell.

—Conozco a todas las chicas de la nobleza de Palma, pero ahora no es el momento para hablar de eso, madre.

—Debes ser razonable. Ya tienes la edad para tener una novia —dijo ella.

Don Antoni sabía que doña Catalina Binimelis, amiga de su madre desde hace mucho tiempo, era una dama muy obstinada. Recordó años atrás cuando pasaba algunas tardes en casa de doña Catalina, junto a su hijo Ignasi, que era su compañero de clase. En ese tiempo, doña Catalina no dudó en expresar su deseo de que él se emparejara con su hija Victoria, sólo porque eran de la misma clase social, aunque ella era cuatro o cinco años mayor. Esa idea no se consolidó, ya que Victoria terminó comprometida con don Lluís Villalonga, un joven de la nobleza mallorquina que cumplía con las expectativas de doña Catalina. Al recordar esa anécdota, no se molestó por los comentarios de ambas señoras sobre posibles novias, pero conocía a la señorita Morell. Era aburrida y vanidosa, así que nunca despertaría su interés. No quería hacer comentarios sarcásticos sobre ella frente a su madre. En realidad, lo único que le importaba eran sus ambiciosos planes, que no encajaban con una relación seria en ese momento. Así que respondió:

—Si le parece bien, podríamos hablar de esto cuando regrese.

—Está bien. Lo abordaremos más adelante. Tendrás tiempo de reflexionar durante el viaje. Ahora no te distraigas. No pierdas el barco.

Don Antoni le reiteró que no era de su agrado dejarla sola y que haría lo posible por volver pronto.

Pocos minutos después, el carruaje estaba en la calle, listo para llevar a don Antoni al puerto de Palma. Doña Isabel salió a despedirlo. Mientras el cochero colocaba las maletas en el porta equipajes, ella le susurró a su hijo: «Escríbeme». Él asintió y le dio un suave beso en la frente. Justo cuando iba a subir al carruaje, ella lo agarró del brazo y le dijo en voz alta, como una despedida solemne: «Dondequiera que estés y con quién estés, nunca olvides quién eres, hijo; ¡Un Anglada! ¡El señor de Son Carvall!».

## Capítulo 2. La maldición de las cuadras

*Córdoba, 12 de abril de 1878*

Don Antoni Anglada, en su primer viaje a Andalucía, que duró más de un mes, tuvo la oportunidad de visitar muchos criaderos de caballos. Esto le permitió conocer razas diferentes a la mallorquina, como los hispano-bretones, los árabes y los de pura raza española. También consideró la posibilidad de ir a Portugal, atraído por la belleza de los caballos pura sangre Lusitanos.

Al comparar las distintas razas, observó características como la robustez, la nobleza, la velocidad, así como sus movimientos admirables y su morfología excepcional.

Con el paso de los días y al adquirir nuevos conocimientos, empezó a sentir una preferencia por los caballos de pura raza española. Sin embargo, durante su estancia en Málaga, a mediados de abril, escuchó comentarios entusiastas sobre la calidad de los caballos pura sangre de origen inglés. Los expertos afirmaban que eran los más veloces y valorados a nivel internacional. De este modo, se enteró de la existencia del cortijo cordobés La Quintana.

Antes de regresar a Mallorca, envió un telegrama desde Málaga al propietario de La Quintana, el marqués De la Fuente, para informarle sobre su llegada, su interés en los caballos pura sangre de origen inglés y su intención de comprar un par de yeguas y varios potros.

En esta etapa final de su largo viaje, que incluyó trayectos por mar y tierra, subió a un ferrocarril de vapor que lo llevó de Málaga a Córdoba.

El ferrocarril salió de Málaga, atravesó las llanuras del valle de Guadalhorce, subió por las montañas de la Cordillera Penibética y, en la última parte de su trayecto, avanzó por una zona plana en el sur de Córdoba antes de llegar a la capital. En la estación, alquiló un carruaje tirado por caballos con un cochero y, horas más tarde, estaba en La

Quintana.

Al llegar a su destino, una sirvienta lo condujo a la casa principal del cortijo. Era sorprendente que no sintiera cansancio después de tantas horas de viaje. La emoción de conocer a los caballos pura sangre de origen inglés hizo que su fatiga desapareciera por completo.

Cuando entró en el amplio salón, se encontró con el marqués, don Miguel de la Fuente, quien lo esperaba sentado en un sillón. Sobre la mesa estaba el telegrama que había enviado para avisar de su visita y sus planes sobre los caballos nacidos en el cortijo.

Don Miguel se levantó a saludarlo con un apretón de manos y lo invitó a sentarse. Antes de ir a los establos, le ofreció de beber y mantuvieron una breve charla que fue, momentáneamente, interrumpida por doña Bárbara Colmenar de Araujo y su hija, Carmen de la Fuente Colmenar. El marqués las presentó. Mencionó que eran su nuera y su única nieta, esposa e hija de don Álvaro, su difunto hijo. Esta fue la primera vez que don Antoni vio a Carmen.

El marqués propuso a su invitado que se quedara en el cortijo, en las habitaciones destinadas a los huéspedes, el tiempo que necesitara para tomar una decisión tranquila. Su estancia se redujo a tres días, un tiempo suficiente para elegir los caballos de La Quintana y llegar a un acuerdo con el marqués.

Durante esos días, don Antoni descubrió la riqueza de las tierras de La Quintana, pero lo que realmente le impactó fue conocer a Carmen. A su lado, emergieron sus sentimientos más profundos. No dudó en mostrar su humildad para acercarse a ella y conocerla mejor. Tras varias charlas e intercambios de miradas, se dio cuenta del carisma, la inteligencia y la simpatía de la joven. Su belleza era tan notable como la afabilidad de su carácter. Las ideas y pensamientos que compartía eran cautivadores y perspicaces, lo que hacía que su compañía fuera muy agradable. La fascinación que sentía por la joven andaluza era tan intensa que reconoció que su habitual fortaleza moral se debilitaba ante la posibilidad de ser rechazado por ella.

En su tercer y último día en La Quintana, el joven señor de Son Carvall, convencido de haber caído bajo el hechizo de la pasión, se preguntó cómo había logrado enamorarse de Carmen en tan poco

tiempo, hasta el punto de desear que se convirtiera en su esposa. Aunque no pudo entender los misterios del amor, sabía que no quería perder la conexión con ella. Por eso, al despedirse, le prometió: «Carmen, te escribiré cada semana y algún día volveré a buscarte».

La joven sintió que estaba inmersa en un sueño cuando escuchó la voz profunda y melodiosa de don Antoni pronunciar esa especie de promesa, pues desde que lo vio en el salón, sentado con su abuelo, se sintió atraída por él. Dentro del joven mallorquín, había algo especial que iba más allá de su atractivo físico; había una conexión que la fascinaba de una manera que ningún otro hombre había logrado. Al estar cerca de él, experimentaba una sensación de felicidad, casi mágica, que no podía entender ni expresar.

Debido a las limitaciones que afrontaban las mujeres de su posición, Carmen decidió ocultar sus emociones durante los tres días que pasaron juntos. Esperaba que don Antoni diera el primer paso, aunque sabía que su estancia en La Quintana sería breve y que pronto el mar Mediterráneo los separaría. Así que guardó sus sentimientos, aceptó su promesa y respondió con cortesía: «Responderé a tus cartas y esperaré tu regreso, Antoni». Lo hizo en presencia de doña Bárbara, quien en ese momento supo que su hija se había enamorado.

Poco después, un carruaje de caballos llevó a don Antoni a la estación de ferrocarril de Córdoba, donde debía subir a un vagón de pasajeros hacia Valencia. Durante el viaje, pasó por las provincias de Jaén, Ciudad Real y Albacete.

Al llegar al puerto de Valencia, subió a un barco con destino a Palma de Mallorca. Era un día tranquilo que prometía un viaje placentero. Se quedó unos minutos en la cubierta contemplando el horizonte. El sol se asomaba con timidez entre las nubes y reflejaba una luz brillante en el mar, tan nítida que parecía una fina lámina de plata pulida. Luego, se dirigió a su camarote, soltó sus maletas y se recostó en la cama. Deseaba llegar a casa con tanta intensidad que no le importaba la incomodidad del colchón, el calor sofocante del espacio cerrado ni el monótono vaivén del barco. Incluso en ese momento el entorno le pareció tan agradable y pacífico que logró dormirse profundamente.

Horas después, despertó y su primer pensamiento fue cómo le diría a

su madre que había conocido a una maravillosa mujer andaluza y que quería casarse con ella.

Cerca de la medianoche, el barco se acercaba al puerto de Palma. Se puso la chaqueta, cogió sus maletas y subió a cubierta con los demás pasajeros para desembarcar. Disfrutó del aire fresco que traía el aroma del mar, mientras miraba la silueta de la Catedral iluminada por la suave luz de la luna. Sintió una emoción profunda al regresar a su tierra y se preguntó cómo había podido estar tanto tiempo fuera. No quería vivir en ningún otro lugar que no fuera Mallorca.

Bajó por la pasarela de madera y caminó hacia Can Anglada, recorriendo calles tranquilas y austeras, iluminadas por la tenue luz de las farolas. Al abrir la puerta de Can Anglada, su hogar familiar desde generaciones atrás, entró en el patio flanqueado de sólidas columnas y arcos bajos, y reconoció el aroma familiar del lugar. Todo seguía igual desde su partida; todo, excepto él, que estaba enamorado.

Antes de subir las escaleras, pensó que el telegrama enviado a su madre con intención de avisarle de su regreso había llegado a tiempo, ya que al mirar hacia la primera planta, vio una luz suave que salía de la ventana del salón. Seguramente su madre lo estaba esperando. Abrió la puerta y doña Isabel salió a recibirlo con un abrazo que duró más de lo habitual. Luego le preguntó: «Antoni, ¿has comprado los caballos?». Él sonrió y respondió: «Sí. Caballos pura sangre de origen inglés».

Siguió un largo y emotivo silencio, interrumpido por el sonido del reloj de péndulo que marcó con solemnidad la una de la madrugada.

En los días siguientes, doña Isabel y don Antoni, al ser miembros del Círculo Mallorquín, recibieron una invitación para participar en las actividades que se organizaban en sus salones. Era una sociedad recreativa y cultural, muy exclusiva, que ofrecía una mezcla única de actividades artísticas, literarias y de entretenimiento.

Esa tarde, a finales de mayo de 1878, la música y el baile atrajeron a un gran número de socios, exclusivos de la clase alta. Doña Isabel convenció a su hijo para que la acompañara y se relacionara con chicas de su edad. Él aceptó, ya que estaba familiarizado con el lugar al acudir con

frecuencia a la impresionante biblioteca, que tenía una gran colección de revistas y periódicos, o al participar en las tertulias que se realizaban allí.

Al llegar al Círculo Mallorquín, se dirigieron directamente al salón de baile, donde se sentaron cerca de la entrada. La música creaba un ambiente festivo, lleno de risas y aplausos. Desde su regreso de Andalucía, él notó que su madre estaba más feliz y animada que de costumbre, así que se atrevió a preguntarle:

—¿Quiere bailar conmigo?

Doña Isabel lo miró un poco recelosa. Él le ofreció una mirada persuasiva, lo que la motivó a aceptar su invitación.

—Ha pasado mucho tiempo. Intentaré seguir tus pasos de baile.

Desde días atrás, don Antoni quería contarle a su madre que había conocido a Carmen, pero no encontraba el momento ni las palabras adecuadas. Deseaba hablar con ella sobre la posibilidad de regresar a Córdoba más adelante y llevarla para que conociera a su futura nuera. Desde su regreso, sentía una extraña inquietud, como si cada día se enfrentara a una soledad aplastante. Era tan sólo que añoraba a la mujer de sus sueños.

Mientras caminaban hacia la pista de baile, ella comentó:

—Por cierto, acabo de ver entrar a la hija mayor de los Morell. ¿Recuerdas que te hablé de ella? Según doña Catalina, la joven está esperando una invitación formal de tu parte.

—Madre, ahora no es el momento.

Doña Isabel se detuvo unos instantes a mirarlo e insistió:

—Deberías acercarte a saludarla. Es sólo por educación. Si quieres, puedo acompañarte.

—Preferiría saludarla otro día —respondió él.

Doña Isabel se dio la vuelta, molesta, y regresó a su asiento. Él la siguió y le preguntó:

—¿No quiere bailar?

—He cambiado de opinión. No quiero que la gente piense que soy una viuda que sólo busca divertirse.

—No importa lo que piensen.

—Ya no tengo ganas de bailar.

Don Antoni se sentó a su lado y mencionó, sin relación al tema, un

nombre que doña Isabel no conocía:

—Carmen De la Fuente Colmenar.

Doña Isabel miró hacia la puerta. Pensó que sería alguien que acababa de llegar. No vio a nadie extraño y preguntó:

—¿Quién es Carmen De la Fuente Colmenar?

—Mi futura esposa. En este momento, está en Córdoba.

Al creer que su hijo bromeaba, no pudo evitar reírse.

—No digas tonterías. Aquí, en el Círculo Mallorquín, podrás conocer a la élite de la sociedad de Palma. Sólo necesitas mostrar interés y elegir a una joven soltera mallorquina.

—Carmen es nieta del marqués De la Fuente.

—¿Un marqués? ¿Quieres emparentarme con la aristocracia andaluza?

—dijo ella, agradecida por la aclaración, aunque ocultaba sus verdaderos sentimientos ante la sorpresa por las palabras de su hijo.

Sin embargo, al reflexionar sobre el tema, se dio cuenta de que los títulos nobiliarios no le importaban. Lo que realmente valoraba era su pertenencia a una casa, los Gibert y, por supuesto, su inclusión en la familia Anglada. Ambas familias, los Gibert y los Anglada, habían sido parte de la nobleza mallorquina durante siglos.

A través de un caprichoso juego de la memoria, doña Isabel se vio años atrás en la posesión de sus padres, Son Carvall, que ahora le pertenecía. Estaba rodeada de tres pretendientes que buscaban su atención, cada uno esperaba que ella eligiera a uno de ellos. En ese momento, doña Isabel había cumplido dieciocho años y sentía un interés similar por los tres, lo que le dificultaba decidirse. Su corazón latía confuso, pero su responsabilidad de ser hija única fue la razón por la que eligió al hombre que se convertiría en su esposo, el padre de Antoni. No era el más guapo de los tres, ni el más joven, ya que era nueve años mayor que ella, pero sí el que más estabilidad le ofreció en todos los sentidos. A pesar de la diferencia de edad, ambos se entendieron desde el primer momento. Oyó a su hijo aclarar:

—Carmen no es marquesa.

—Lo entiendo, sólo es una nieta —respondió ella, se rio con discreción y añadió—: ¿Dónde están, exactamente, el marqués y su nieta?

La sonrisa de doña Isabel supuso un alivio a la presión que solía

ejerger sobre él, a fin de que se comprometiera en matrimonio con una joven de su mismo círculo social. En realidad, don Antoni ya había hallado a la mujer de su vida a más de setecientos kilómetros de distancia.

—En el cortijo La Quintana, en la campiña sur de Córdoba —explicó él.

En ese momento, recordó que el marqués, don Miguel De la Fuente, le había mencionado la maldición de las cuadras de La Quintana. Era una advertencia sobre la mala suerte que caería sobre quien hiciera daño a los caballos nacidos o criados allí. No le dio mucha importancia. Pensó que el marqués sólo intentaba asustarlo con el objeto de que no maltratara a los caballos, algo que él nunca haría, especialmente después de haber pagado una considerable suma por ellos.

—¿Volvemos a casa? Estoy cansada.

—Claro que sí.

Esa noche, don Antoni entró en su habitación y, mientras se cambiaba de ropa para dormir, pensó que los caballos que había comprado, de alguna manera, lo conectaban con Carmen y le permitían soñar con un futuro juntos, a pesar de los centenares de kilómetros que los distanciaban.

Durante el verano de 1878, como era costumbre, los Anglada, madre e hijo, se mudaron a la posesión Son Carvall para disfrutar de unos meses de descanso. Pocos días después de llegar, también recibieron los caballos que habían adquirido en el cortijo La Quintana.

Aunque el espacio de los antiguos establos era amplio y doña Isabel podría considerar que era un gasto innecesario, don Antoni consideró la opción de ampliar las instalaciones para apartar los nuevos caballos de La Quintana de los caballos de raza mallorquina y las mulas que ya tenían, las cuales eran útiles para trabajos agrícolas y el tiro de pequeños carros. Doña Isabel aceptó la idea, y se empezaron a construir nuevos establos junto a los existentes.

Don Antoni se dedicó a este nuevo proyecto, mientras fortalecía su relación sentimental, manteniendo una correspondencia constante con Carmen. A la vez, esperaba el momento oportuno para organizar un viaje

a Córdoba con su madre y fijar la fecha de su boda. Si en algún momento doña Isabel pensó que su hijo podría olvidarse de la nieta del marqués De la Fuente, no lo expresó, aunque el tiempo le demostraría que estaba equivocada.

### Capítulo 3. Falso entendimiento

*Córdoba, 7 de febrero de 1879*

El marqués De la Fuente había llegado a los ochenta y un años. Una década atrás, sufrió la pérdida su esposa, doña Herminia Gimeno Carvajal, con quien tuvo dos hijos. El mayor, don Francisco, se casó con doña Narcisa Ridruejo Zurita, pero no tuvieron descendencia. El hijo menor, don Álvaro, había fallecido cinco años antes; estaba casado con doña Bárbara Colmenar De Araujo y era padre de Carmen, la única nieta del marqués.

El 7 de febrero, dos días después del cumpleaños del marqués, un fuerte ruido rompió el silencio de la noche, proveniente de su dormitorio, lo que alteró el sueño, ya de por sí ligero, de doña Narcisa. Para no despertar a su esposo, salió de entre las sábanas con sigilo, se puso una bata sobre el camisón y fue hasta el dormitorio de su suegro. Antes de entrar, escuchó detrás de la puerta. Al no oír nada, la abrió y se encontró con la impactante escena del marqués tendido en el suelo. Se inclinó a comprobar su pulso y se dio cuenta de que había fallecido.

Después de un momento de duda, doña Narcisa cerró la puerta para que nadie la viera coger el voluminoso sobre que su suegro tenía escondido debajo del colchón. Ella sabía que contenía el dinero del salario de los jornaleros, así que decidió guardarlo en el bolsillo de su bata antes de salir de la habitación para informar a su familia sobre la triste noticia.

La muerte del marqués supuso un cambio importante en la familia De la Fuente, ya que habían perdido el pilar que los mantenía unidos.

En el momento que doña Bárbara vio a sus cuñados y su hija levantar el cuerpo sin vida del marqués y acomodarlo encima de la cama, supo que su estancia en La Quintana estaba en peligro, a pesar de que había sido su hogar, ininterrumpidamente, desde su matrimonio con don

Álvaro. Las palabras de don Miguel sobre que La Quintana debía ser residencia de toda la familia no tendrían peso debido a su propio testamento. Cuando don Francisco, como primogénito, heredara el cortijo, podría hacer lo que quisiera, incluso desalojarla a ella y a su hija. Por eso, debía replantearse bien su relación con sus cuñados para proteger a Carmen. Pensó en esto antes de despedirse, por última vez, de su suegro con un beso en la mejilla.

Luego, las tres mujeres salieron del dormitorio. Don Francisco cerró la puerta y se quedó a solas con su padre difunto. Horas después, salió con una expresión triste. Sus ojos enrojecidos evidenciaban que había estado llorando.

El anciano marqués fue enterrado en el cementerio de San Rafael de Córdoba, donde la familia De la Fuente tenía un mausoleo. Ese día, las conversaciones domésticas habituales entre los miembros de la familia fueron escasas.

Doña Narcisa, convencida de que, tras la muerte de su suegro, se había convertido en la esposa del nuevo marqués De la Fuente y había alcanzado el máximo estatus familiar, tomó el control y organizó los funerales en nombre de su esposo.

En el cementerio, Carmen recordó un momento similar que vivió a los dieciséis años. Por entonces, se sintió tan frágil tras la muerte de su padre como ahora en la despedida de a su abuelo. Al igual que en aquella ocasión, al ver a los sepultureros sellar la tumba, notó que le faltaba el aire. Se recuperó al cerrar los ojos unos instantes, mientras en su imaginación escribía la carta que le enviaría a Antoni horas después para informarle sobre la tragedia familiar.

Al día siguiente, se celebró una misa fúnebre en la iglesia del pueblo. Debido a que el marqués era un hombre muy respetado, la familia De la Fuente estuvo rodeada de numerosos vecinos. La mayoría de ellos trabajaban o habían trabajado en el cortijo La Quintana y en el momento del pésame expresaron un sincero sentimiento de tristeza por la pérdida de don Miguel.

Dos semanas después del fallecimiento del marqués, comenzaron en la notaría de don Ramón Merino, en Córdoba, los trámites legales para repartir los bienes de la herencia.

Aunque el testamento del marqués no sorprendió a ninguno de los herederos, fue un día lleno de emociones y tensión entre ellos. Don Francisco recibió el título de marqués De la Fuente y el cortijo La Quintana. Doña Bárbara y su hija Carmen, recibieron su parte en efectivo, que fue depositada en su cuenta bancaria.

Doña Bárbara hubiera preferido heredar La Quintana en lugar de recibir dinero. Sabía que si su cuñado decidía vender el cortijo, ellas no tendrían suficiente dinero para comprarlo, ni siquiera al sumar sus ahorros con lo que acababan de heredar de su suegro.

Don Francisco nunca había estado interesado en la vida rural. Consideraba aburridas las actividades agrícolas y ganaderas, y se veía a sí mismo como un hombre de ciudad. Pero, tras heredar el cortijo, e impulsado por la ambición de doña Narcisa, adoptó la imagen de un señorito andaluz y se aferró a La Quintana con la misma determinación con la que aceptó el título de marqués. Planeó grandes cambios en el cortijo con intención de demostrarle a su familia quién mandaría en adelante.

Tras recibir su herencia, don Francisco usó el dinero que su esposa había cogido de debajo del colchón del difunto marqués para pagar a los jornaleros. Sobró una suma considerable que, si decidiera ser honesto, debería compartir con su cuñada Bárbara. La incógnita que palpitaba en su corazón era si, realmente, quería actuar con integridad.

Había transcurrido más de un mes desde el fallecimiento del marqués, y doña Bárbara seguía inquieta por su futuro incierto. Una mañana de mediados de abril, Carmen le mencionó que había recibido una carta de Antoni, la más importante y emotiva de todas, en la que le anunciaba que vendría a visitarla, junto a su madre, doña Isabel, a principios de mayo para proponerle matrimonio y fijar la fecha de la boda.

A doña Bárbara no sólo le preocupaba haber mantenido en secreto la

relación de su hija con don Antoni Anglada ante sus cuñados, sino también la incógnita de qué pasaría si Carmen decidía casarse y mudarse a Mallorca. Aún no tenía claro si ella podría quedarse a vivir en La Quintana. Sin respuestas claras, aprovechó un momento que estaba a solas en el salón con Narcisa para intentar aclarar sus dudas.

—Mi principal objetivo en la vida es ayudar a Carmen a encontrar un buen esposo. Resulta que se ha enamorado de un joven mallorquín. —le confió doña Bárbara a su cuñada.

—¿Un joven mallorquín? Es la primera vez que oigo hablar de él —respondió doña Narcisa, sorprendida y con un toque de sarcasmo.

—Sí. Se llama Antoni Anglada y vive en Mallorca. Un pretendiente andaluz habría sido más conveniente, pero poco puedo hacer al respecto —dijo doña Bárbara.

—¿Cómo se conocieron?

—Nuestro suegro tenía tratos con él. Le vendió algunos de nuestros caballos.

—¿Caballos de La Quintana en Mallorca? ¡Eso es sorprendente! Me imagino que si ha podido comprar nuestros caballos, no será un don nadie.

—No es un don nadie. Tiene educación universitaria.

—Entonces, ¿por qué no me habías dicho nada sobre este pretendiente?

—Porque la relación de amistad entre ellos apenas comenzaba. Además sólo era por correspondencia.

—No te preocupes, Bárbara. Puede que la relación se enfríe de forma natural y acabe rompiéndose. Como sabemos, la distancia nunca ayuda.

—No estoy tan segura —respondió doña Bárbara, con precaución, pues ya sabía que el señor de Son Carvall quería proponerle matrimonio a su hija.

—Supongo que si Carmen decide casarse con él, las dos os iríais a Mallorca. No quisiera ser la última en enterarme. Francisco y yo queremos hacer planes para La Quintana.

Doña Bárbara entendió que ese comentario era una especie de invitación para que ella y su hija dejaran el cortijo, así que respondió sin inmutarse:

—El futuro es incierto. Ya veremos qué pasa.

—A veces un pequeño empujón a los jóvenes puede ser útil — comentó doña Narcisa con una risa burlona.

—No digas tonterías, mujer. No puedo obligarla. Carmen pronto cumplirá veintiuno. Además, ¿qué pasa con la libertad de elección y la búsqueda de la felicidad de los jóvenes? —respondió doña Bárbara.

—¡Ah! Eso son minucias. La felicidad y el amor llegan con el tiempo. ¿Crees que me casé con Francisco por amor? De ninguna manera. ¿O tú sí?

—Debo ser romántica, porque yo sí me enamoré de Álvaro. Nos conocimos muy jóvenes, peronos entendimos enseguida —dijo doña Bárbara.

—Álvaro y tú pertenecéis a la misma clase social, y eso cuenta en cualquier situación, ¿no crees? —argumentó doña Narcisa.

—Así es —respondió doña Bárbara.

—Entonces acabas de darme la razón, querida.

—Lo único que sostengo es que los tiempos cambian y las clases acomodadas se abren paso entre la aristocracia. Es necesario que nos quitemos la venda de los ojos —dijo doña Bárbara.

—No estoy de acuerdo. Las clases sociales existen por alguna razón y deben ser respetadas. De lo contrario, viviremos en un mundo caótico — dijo doña Narcisa, respiró hondo y añadió—: Pero bueno, ¿quién es Antoni Anglada? ¿Es uno de los nuestros?

Marzo mostró su cara más hostil. Mientras las cuñadas charlaban cerca del crepitante fuego de la chimenea, afuera el viento hacía que las ramas de los árboles se balancearan mientras unas nubes oscuras y amenazantes rodeaban La Quintana. La ventana se cerró de golpe, la sala quedó sumida en la penumbra y la mirada despectiva de doña Narcisa, iluminada por la luz que irradiaba del fuego, parecía preguntar quién había dejado la ventana mal enganchada. Doña Bárbara se levantó, la volvió a abrir y la aseguró con el gancho de hierro a la pared para que no se cerrara con otra ráfaga de viento. Luego volvió a su asiento y continuó con la conversación:

—Dijiste “uno de los nuestros”. ¿Qué quisiste decir con eso?

—Carmen no es hija mía, por lo tanto mi opinión no importa —

respondió doña Narcisa con hipocresía.

Doña Bárbara se quedó en silencio. Se dio cuenta de que a su cuñada le importaba muy poco la boda de Carmen. No quiso rebajarse ante Narcisa, pero doña Bárbara estaba atravesando una de las etapas más complicadas y confusas de su vida. Respiró hondo y miró por encima del hombro de doña Narcisa. A través de la ventana, vio el verde brillante de los olivares, cuyos olivos se extendían en largas hileras hacia el horizonte. Era una de las panorámicas más hermosas que había visto nunca. Desde ese momento, dondequiera que estuviera, recordaría esa imagen cautivadora y la tranquilidad que sintió en ese instante de silencio, cuando decidió rebelarse por dentro y no informar a sus cuñados de que don Antoni Anglada y su madre, doña Isabel María Gibert, llegarían en dos semanas para concertar la fecha de la boda de Carmen. Había perdido todo interés en que conocieran al futuro esposo de su hija, el joven señor de la posesión mallorquina Son Carvall.

## Capítulo 4. Las tradiciones

*Córdoba, 1 de mayo de 1879*

Al subir al barco de vapor en el muelle de Palma, con rumbo a Valencia, doña Isabel miró el amplio horizonte cubierto de densa neblina y sintió cierto mareo y malestar en el estómago. Después de entrar en el camarote y dejar las maletas, le pidió a su hijo que volvieran a la cubierta a tomar aire fresco. Se sentaron en las sillas de la zona de pasajeros. Ella logró calmar su malestar tratando de acostumbrarse a la mezcla de olores provenientes del barco y del mar Mediterráneo. El sol le daba directamente en la cara. No llevaba la sombrilla y tuvo que ajustar su sombrero para protegerse los ojos.

—Me siento un poco mareada. Creo que no es por el movimiento del barco, sino por los fuertes olores.

El barco se deslizaba con suavidad sobre la superficie del mar en calma y dejaba tras de sí una estela blanquecina que se extendía como un camino etéreo en el agua.

Don Antoni sonrió y le dijo:

—No se preocupe. Pronto se adaptará a los olores. Si usted quiere, podemos volver al camarote y descansar.

—Necesito ir al baño. ¿Dónde está? —preguntó doña Isabel.

—Hay uno abajo, cerca de las cocinas.

Se levantaron y se dirigieron hacia allí.

—Puedes esperarme en el camarote. Sé ir sola.

Él asintió.

El baño era un pequeño espacio de madera que tenía un inodoro y un lavabo. Aunque estaba limpio, el aire se sentía pesado por la falta de ventilación. Tan pronto como doña Isabel entró, le dio náuseas, se inclinó hacia el inodoro y vomitó. De inmediato, el malestar que sentía se transformó en una agradable sensación de alivio. Cuando volvió al

camarote, vio a su hijo leyendo el periódico que había comprado antes de embarcar. Él, desvió la mirada hacia ella y le preguntó:

—¿Está usted bien?

—Muy bien —respondió doña Isabel, sin mencionar sus vómitos. Luego se sentó en el borde de la cama.

A pesar del calor, se sentía cómoda con su ropa de verano de buena calidad. Se acostó vestida, apartó la colcha y se cubrió con la sábana. Pensaba que estaba allí sólo porque su hijo se lo había pedido para tratar asuntos de la boda. Planeaban quedarse unos días en el cortijo La Quintana y enseguida regresar a Mallorca para organizar los detalles del evento. Al darse cuenta de que el enlace de su hijo con Carmen De la Fuente se acercaba, dijo con insistencia:

—¿Estás seguro de que quieres casarte con Carmen? Ella no es mallorquina.

La advertencia de doña Isabel venía de su deseo de mantener las tradiciones de los Anglada, una de las familias más importantes de Mallorca. Le molestaba que su hijo quisiera casarse con una joven andaluza. Consideraba que era una decisión obstinada y poco razonable. Él tenía muy claras sus ideas, pero no quería discutir con su madre, así que simplemente dijo:

—A mí no me importa que no sea mallorquina.

Se sentía contrariada porque Antoni ignoraba las tradiciones de la familia Anglada, donde siempre se había respetado el acuerdo tácito de que los noviazgos fueran con jóvenes del mismo estatus social. Pero, su hijo mostró tanta determinación al elegir a su esposa que, como madre, no tenía argumentos contundentes para convencerlo desistir.

Don Antoni oyó a su madre suspirar y decir:

—No tengo sueño, pero necesito descansar; eso haré.

—Buena idea. Terminaré de leer el artículo que estoy leyendo y luego me acostaré.

Después de unos minutos, ambos cayeron en un profundo sueño, arrullados por el suave movimiento del barco. El viaje resultó ser más tranquilo de lo que pensaron en un principio.

Al llegar al puerto de Valencia, el aire era denso, el cielo estaba nublado y el aroma a lluvia impregnaba el ambiente.

Mientras se trasladaban en un carruaje de caballos hacia un hotel en el centro, las calles se sumergían en la oscuridad de la noche, tamizadas por una llovizna que apenas mojaba el suelo.

Se acomodaron juntos en la misma habitación, provista de dos camas. La ligera lluvia no se detuvo hasta el amanecer, momento en que doña Isabel se despertó, miró la hora en su reloj y luego a su hijo, quien seguía dormido. Pensó en el gran parecido que tenía con su difunto esposo, don Miquel Anglada. Le habría gustado que fueran juntos a conocer a su futura nuera.

Doña Isabel se quedó en la cama, sin hacer ruido. No se levantó hasta percatarse de que su hijo también lo hacía. Después de intercambiar un saludo de buenos días, ella comenzó a organizar su maleta mientras recordaba a su difunta cuñada Beatriu cuando, con gran obstinación, defendía sus firmes convicciones morales y su pertenencia a la nobleza mallorquina. Sin duda, ella habría desaprobado la relación amorosa de su sobrino.

A pesar de la falta de tolerancia de Beatriu en algunos temas, doña Isabel guardaba buenos recuerdos de ella, especialmente el momento en que le entregó a Antoni, un bebé recién nacido, para que lo abrazara contra su pecho y acunara. En ese momento, supo que él sería su único hijo y se comprometió consigo misma a ser una madre ejemplar.

Reflexionó sobre lo ingenua que había sido al pensar que Beatriu era más amable, dedicada, y que tenía una mejor influencia sobre Antoni como tía que ella como madre. Incluso llegó a dudar si el cariño que Beatriu le mostraba al niño era más genuino que el suyo. Su influencia era tan fuerte que hubo una época en que comenzó a cuestionar su propio papel como madre. Cerró de golpe la puerta de esos recuerdos y se sintió aliviada de que Beatriu no estuviera viva para hacerle reproches.

Durante el desayuno en un café frente al hotel, doña Isabel comentó:

—¿Puedes creer que hoy me he acordado de tu tía Beatriu?

—¿Qué tiene de malo?

—Tu tía Beatriu no habría aprobado este viaje. Nos habría aconsejado quedarnos en casa. Nunca habría bendecido esta boda —dijo con un leve titubeo en la voz, y él le preguntó:

—¿Quiere regresar a casa? ¿No desea conocer a Carmen?

—Claro que quiero conocerla. Menos mal que no me parezco a tu tía Beatriu.

—Entonces, en unos minutos partiremos hacia la estación de ferrocarril. Ahora voy a pagar la cuenta.

Antoni pensó si el comentario sobre quedarse en casa era, en realidad, el deseo de su madre, un anhelo que se expresaba de forma indirecta a través del recuerdo de la poderosa figura de tía Beatriu. No insistió en el tema y siguieron su camino.

Una hora después, subieron a un vagón de pasajeros en la estación de Valencia, rumbo a Córdoba. Al llegar a la capital cordobesa, alquilaron un carruaje de caballos con cochero y se dirigieron al cortijo La Quintana.

Mientras recorrían la campiña sur cordobesa, ella se quedó dormida en su asiento del carruaje, sin ser consciente de que habían llegado al límite donde comenzaban las tierras del cortijo. Allí se erguía el primer gran portón, flanqueado por dos magníficos pilares de piedra. En uno de ellos, una placa mostraba el nombre de La Quintana en letras grandes, grabadas con cincel.

Atravesaron las dehesas, donde el sonido de los cascos de los caballos, el crujir de las ruedas del carruaje o el eco de algún disparo de los cazadores autorizados en la zona, rompía el silencio envolvente.

Doña Isabel se despertó al escuchar los disparos. Enderezó la espalda, miró con indiferencia el paisaje nublado de Córdoba y comentó con voz neutra:

—El clima no nos ayuda. Parece que pronto comenzará a llover.

—No se preocupe. Llegaremos en unos minutos. Estamos muy cerca.

—Déjame preguntarte una vez más. ¿Estás seguro de esta boda? ¿Has pensado en las candidatas que te recomendé? Todas son jóvenes excepcionales, de buenas familias. Ya sabes... gente de bien y de la nobleza mallorquina, por supuesto.

—Aprecio su preocupación, pero estoy enamorado de Carmen. ¿Conoce alguna razón para desacreditarla?

—No. No conozco a Carmen, salvo por la fotografía que me enseñaste y lo poco que me has contado. Hoy, por fin la veré. Y tú, sólo la conoces desde hace un año —dijo en tono defensivo.

—Carmen es la mujer que quiero a mi lado. No he dejado de pensar

en ella desde que la vi por primera vez. Es maravillosa y supera a todas las demás mujeres que me rodean.

—¿Incluso a mí?

—No. Por supuesto que no. Usted está fuera de eso —se rió él. Luego, tomó las manos de su madre entre las suyas y las acarició con cariño.

Doña Isabel empezó a aceptar que sería difícil cambiar el carácter rebelde y valiente de su hijo. La razón de su inconformismo y espíritu aventurero no era un misterio para ella, ya que su difunto esposo, el padre de Antoni, era muy parecido a él. Además, ella también tenía una personalidad obstinada.

—¡Ay, Antoni! —suspiró ella y agregó—: Siempre consigues lo que quieres.

Él sonrió y respondió:

—Ya estamos cerca. Hemos pasado el segundo portón.

A ambos lados del camino que conducía a la casa principal del cortijo, se extendían las dehesas llenas de alcornoques, encinas y robles andaluces, cuyas partículas de polen se dispersaban en el aire como nubes de colores. Al acercarse a la vivienda, pudieron observar la laguna del cortijo, desde donde se oían los cantos de las aves autóctonas, muy cerca del lugar donde se desplegaban los vastos y espléndidos olivares.

Doña Isabel abrió la ventana del carruaje y respiró el aire fresco de las dehesas. Luego, suspiró como si dejara atrás el esfuerzo que había hecho para emparejar a su hijo con alguna joven de la nobleza mallorquina, tal y como la familia Anglada había hecho durante siglos.

**MUCHAS GRACIAS POR LEERME.**

Espero que te hayan gustado estos primeros fragmentos.

Puedes contactar conmigo a través de mi página Web: [amadoravalle.com](http://amadoravalle.com)

De esta forma, podré avisarte cuando publique la segunda y la tercera novela de LA SAGA DE LOS ANGLADA.

Esta primera novela ya está disponible en formato electrónico (EBOOK) y en formato impresión en papel (tapa blanda y tapa dura) a través de la plataforma AMAZON.

Saludos,

*Amadora Valle*